

*na qui potens est.* La más eminente, la más sublime, fué en hacerla Madre de Dios. Consideremos por un breve rato á la Virgen María bajo tan inefable relacion.

Sin temor de equivocarme os puedo asegurar, señores, que todas las glorias, todas las grandezas que reverenciamos en María, todas las que se pueden imaginar y muchas más, se hallan contenidas en esta sola palabra: *Dei para*, Madre de Dios, Madre de Jesús. Leemos en la historia del cristianismo primitivo que los Griegos, tan afectos al culto de la Santísima Virgen, no ponían jamás corona alguna de oro, ni de plata, ni de preciosas piedras, sobre las sienes de sus imágenes: solo escribían en su frente, en letras de oro, esta sola frase: "Madre de Dios." Hasta el paganismo hubiera comprendido la belleza moral de esta pobreza de la madre, ataviada solamente con su hijo y despojada de toda otra distincion para revestirse mejor con él; y de este concepto nos ofrece una sombra en la hija del grande Scipion y madre de los Gracos. Cornelia, mujer heroica y digna de esta doble ilustracion, admirable sobre todo como madre, en contraste de otra mujer distinguida, que se complacía no más en ostentar su fausto, sus atavíos, sus joyas más preciosas, Cornelia, tan modesta como elocuente, mostrando á sus hijos con la mano, decía: "Hé aquí mis joyas y mis atavíos." Hé aquí, diremos nosotros tambien señalando á Jesucristo en los brazos de María, hé aquí sus grandezas y sus glorias. Esta sola palabra, Madre de Dios, contiene todo un poema, y un poema que todos los coros de los Angeles, no pudieran desarrollar enteramente. Contiene el concepto de un hecho inefable, de un milagro estupendo, acerca del cual dice perfectamente Santo Tomás: "María nos ha dicho fundido el Verbo de la plenitud de su gracia, así como el Padre celestial de la plenitud de su conocimiento, y por tanto, ella es el sumario de todos los milagros, es el milagro supremo." Preguntadme ahora: ¿Qué es lo que María ha dicho y lo que ha hecho? María ha emitido al Verbo: María ha hecho carne al Ver-

bo. El Verbo dijo y todo fué hecho. María dijo y el Verbo encarnó en su seno.

Al decirnos el Evangelio que María es Madre de Dios, agota pues con esta sola palabra, si se comprende bien, todo lo más grande que decirse pueda en honor de María. La coloca en una altura, á que no pueden llegar todos los homenajes del Universo, y que sólo sus adoraciones pueden sobrepajar; y el presentarla siempre en un misterioso aislamiento de todo cuanto le rodea; pasar en silencio los actos de su vida doméstica y aparecerla siempre y no más con el nombre de madre, es para hacer resaltar en ella la suprema de sus grandezas, de sus glorias: la maternidad; y esta maternidad, no es solamente nominal: muéstrasen en ejercicio durante los treinta primeros años de la vida de Jesucristo, es decir: por triple tiempo de las maternidades ordinarias. Los primeros honores divinos que Jesucristo recibió de los enviados del cielo y de la tierra, se le rindieron en los brazos de María; y este misterio encubrió el designio de Dios, de manifestar tambien al cielo y á la tierra, la suprema dignidad y grandeza de María y las bendiciones de que es digna la madre de su unigénito, presentado en sus brazos en una edad y en un estado inherente á ella.

Volvamos á escuchar, para gloria de María, otros elogios de su maternidad, hechos por la misma pluma infiel, que los rindió ya á su humildad. El mismo Lutero se expresaba de esta manera: "Ser Madre de Dios es una prerogativa tan elevada, tan inmensa, que excede á toda imaginacion. No hay honor ni beatitud alguna que se aproxime á una elevacion tal, como la de ser eu la universalidad del género humano, la única persona superior á todas, que no conozca igual en la prerogativa de tener con el Padre celestial un hijo comun. En esta única palabra se contiene, pues, todo honor respecto de María; y nadie pudiera publicar en su alabanza más magnificencia, aunque tuviera tantas lenguas, como flores y plantas hay en la tierra, estrellas en el cielo y

“granos de arena en el mar (1). Juzgad ahora, señores, iluminados por la luz del Cristianismo, juzgad esta incomprendible grandeza de María y su humildad también incomparable, y estoy seguro de que concluiréis que ambas prerogativas forman sólidamente la sublime gloria de María. Su humildad y su maternidad forman también la gloria de Jesús. En Belén y en el Calvario, y en todos los puntos intermedios de esta misteriosa carrera, María siempre aparece humilde, pero siempre elevada. María calla, pero Jesús habla: María se humilla, pero Jesús la enaltece, María se eclipsa, pero Jesús la esclarece. Todo cuanto Jesús demostraba al mundo lo que era, demostraba lo que era ella; cada obra que le manifestaba hijo de Dios, la manifestaba incontestablemente Madre de Dios; cada ola nueva de este mar creciente de divinidad, que debía purificar el universo, la levantaba y elevaba como una arca de santidad sobre este misericordioso diluvio. Así oid esa voz que sale de la multitud en vista de las maravillas de Jesucristo. ¡Bienaventurado el vientre que te ha llevado! ¡Bienaventurados los pechos que te lactaron! ¡Voz gloriosa para María, para Jesús y para todo el género humano!

Verdaderamente, señores, María, la Madre del Soberano que rige y regirá eternamente los cielos y la tierra, fué bienaventurada en todos los grados de su destino: en su predestinación, en su preconización profética, en su concepción, en su natiuidad, en toda su vida. Excelsa y sin par gloriosa, la refiguraron todas las heroínas del Antiguo Testamento, como ha sido reproducida en todas las del Nuevo. Pero las proezas y virtudes de las mujeres de la Biblia, fueron no más símbolos de las incomparables de María; no fueron más que sus sombras harto opacas; fueron todas un grano de arena, inapreciable para esa pequeñez, en el gran océano de las virtudes y glorias de María. Ella fué Eva, Madre también de los

(1) Coment. sup. Magnif. t. 5. pág 85.

vivos; pero Eva sin caída; Eva reparadora, Eva siempre fuerte y victoriosa. Fué Sara madre del inocentísimo Isaac, y que por medio de este hijo se hace madre de una posteridad tan numerosa, como los astros del cielo y las arenas del mar. Fué Rebeca, niña de gracia gentil, doncella de toda hermosura, á quien ningún hombre conoció jamás, ataviada y dispuesta sólo para el hijo de Dios. Fué la pastora Raquel, que con júbilo de su nación, dio á luz, no al libertador de Egipto, sino al Salvador del mundo. Fué Jahel, la mujer esforzada que pone término al triunfo del enemigo, á quien nadie contuviera hasta que se alzara una madre en Israel. Fué Ruth, humilde y apacible, que halla gracia delante de Dios, proclamándose la sierva del Señor. Fué Ana, madre de un gran profeta, que sube al templo á presentar su hijo al Señor, y allí le entona un cántico de gratitud. Es Judit, mujer íntegra y fuerte, que derriba la cabeza del enemigo de su pueblo, sin menoscabo de la castidad. Es Ester, otra libertadora, graciosa y amable que encuentra gracia y misericordia ante el Soberano del mundo para todos los hombres. Es la madre de los macabeos, que en pie, junto al suplicio de su hijo, junta un corazón de hombre esforzado á una ternura de mujer sensible; finalmente, para abreviar este séquito, es María, la Madre de Dios, última entre todas las mujeres de la antigua ley, y la primera de la nueva, que penetrada de su profunda humildad y de su alta dignidad, levanta la voz para engrandecer al Señor, y su espíritu dió salto de alegría en Dios su Salvador, porque puso los ojos en la bajeza de su esclava, y desde entonces todas las naciones le llamaron bienaventurada, porque hizo con ella grandes cosas, el que es Todopoderoso (1). *Respexit*, etc.

¡Oh cántico sublime de María! ¡Oh himno eucarístico de la Madre de Dios! poderoso para testimoniar por sí mismo la existencia, omnipotencia y misericordia de Dios;

(1) Evang. de San Luc. c. I. v. 46 etc.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

para demostrar la divinidad del cristianismo y para justificar el culto de la Virgen Santísima! ¿Cómo hay cristianos que sean á él insensibles?

Señores: bendigamos en este momento á la sabia y misericordiosa Providencia, que se dignó predestinar para Madre de Dios y bien del género humano, á una criatura tan llena de gracia, de belleza y de santidad, cuanta se requería para tan sublime dignidad. Bendigamos á Dios porque quiso caracterizar á su Santísima Madre con el dulcísimo nombre de María, que difunde sobre la humanidad toda la esperanza que le sostiene en este valle de llanto y de miseria. Bendigamos á Dios; pero al hacerlo, recordemos que en sentir del apóstol San Pablo (1), somos los hombres coherederos de Jesús; y si somos sus coherederos, somos sus hermanos; y si sus hermanos, la Madre de Jesús, es también la Madre de los pecadores. Invoquémosla siempre con este hermoso título, que nos da un derecho para demandarle su protección y amparo en todos nuestros conflictos. Invoquémosla para que nos alcance la paz, la paz de que tanto necesita nuestro infortunado suelo; y nos difunda el espíritu de reconciliación de todos los mexicanos. Invoquémosla también desde hoy para el postrer *suceso* de nuestra vida, para la muerte. *Suceso* feliz ó desgraciado, según sean nuestras obras, según nuestra caridad con Dios y con nuestros hermanos, según haya sido el amor y devoción á la Madre de Dios. Que su dulcísimo nombre no se aparte de nuestros labios en aquel crítico *suceso*, y que este tan santísimo nombre nos afiance la gracia divina y la eterna felicidad.—ASI SEA.

(1) Epistol. ad Roman, c. VIII.

---

## S E R M O N

DEL

### DULCE NOMBRE DE MARIA

PREDICADO

EN LA FESTIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN DEL BUEN SUCESO  
EN LA PARROQUIA DE SAN MARCOS, DE PUEBLA,  
EL 11 DE SETIEMBRE DE 1859

POR EL

**PRESBITERO J. M. GARCIA MENDEZ**

CURA INTERINO DE LA MISMA PARROQUIA

*Nomen Virginis Maria.—Spes nostra  
salve.*

El nombre de la Virgen es María.—  
Dios te salve, esperanza nuestra.

*Luc., I, 27 y la Sta. I. C.*

Hay en el cristianismo una virtud sublime, que nacida con él y albergada en su corazón, desterró del mundo la desesperación y desaliento del hombre, dirigiéndole una voz tan dulce como la de una madre, á cuyo sonido él se consuela, se reanima y alienta para seguir firme en el camino de su destino. Marcha, le dice, hijo mío, marcha, porque aun te queda mucho camino que andar. Marcha, que el premio reservado á tu perseverancia, supera á lo más glorioso y bello que puedas imaginar. Marcha, yo sos-

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.